

A hand in a brown sleeve holds a black mask with a long, pointed beak. The background shows a rocky coastline with the ocean under a cloudy sky.

# LA PIEDRA DEL DESTINO

*Saga El Guardián de las flores*

ROBER H.L. CAGLAO

## **II Volumen de la Saga de *El Guardián de las Flores*:**

La muerte, recreada en pueblos malditos que han sido arrasados por la gran epidemia de Peste del siglo XVIII, conducirá al lector a un reencuentro inesperado: Rianxo, el Castelo Lúa, la Torre de Hércules, Castelao...

La comisaria Paola Gómez y su equipo se enfrentan al más difícil de los casos. Todo enmascarado entre enigmas, acertijos, poemas, leyendas y un enemigo implacable.

Una novela policíaca de acción, misterio, suspense, magia y corrupción que se mezclan y dan lugar a esta segunda aventura de la saga *El Guardián de las Flores*, en la que el lector irá descubriendo, junto a sus personajes, quién está detrás de toda la trama.

Para Xoel, sempre

*«A nosa tradición revélase no idioma, no espírito, na cultura, na arte, no xeito de vivir e de pensar, no sentido transcendente da vida e da morte, no afán de universalidade e de particularidade, no amor á xustiza e ás boas formas de convivencia, na identificación amorosa coa terra, na esperanza dun mundo millor, na predisposición a poesía... A tradición é aquilo que endexamais nos traicionará».*

*Castelao, Sempre en Galiza.*

## I. EXTREMAUNCIÓN

Las copas de los árboles dibujaban una curva paranormal bailando rítmicamente, unos con los otros, en el cielo estrellado. El agua caía sobre su rostro mezclándose con sus lágrimas, untando salado y no salado, vida y muerte, el bien y el mal. Se agarró como pudo al tronco de un imponente castaño, uno de los pocos que se resistían a la invasión del eucalipto. Estaba cerca, lo intuía. Las fuerzas escaseaban, esperó a que aquel viento huracanado le diera una tregua y continuó, luchando en su contra, ante la suerte, ante la vida misma.

Entonces la vio. Era la piedra del destino, la que tantos antes que ella habían buscado. No había dejado de llorar desde que empezara aquella inhumana ascensión, pero ahora todo valía la pena. Apoyó su mano sobre aquellos círculos concéntricos, símbolos de siglos de historia humana y buscó la entrada a la cueva. Nadie que no supiese de su existencia la encontraría, pero ella, Paola Gómez, creía ya en las meigas, nas bruxas, nos demos, nos Mouros.

Con la linterna led, pegada a la frente, entró con los pies por delante. El espacio era el justo para un ser humano de complexión delgada. La linterna solo reflejaba la piedra y

más oscuridad hasta que cayó en una especie de hoyo. Miró atrás pensando que más tarde tendría que subir y eso no sería tan fácil. Dirigió su cabeza hacia aquella cueva húmeda y vio un haz de luz al fondo del pasadizo. Quería correr, pero sabía que no debía. Cogió su arma y avanzó, ya no lloraba, ahora sudaba. No sabía qué se encontraría al otro lado. ¿Tesoros? ¿Mouros? ¿Serían ciertas las leyendas? ¿Comunicaría aquel pasadizo con el Castillo de Andrade, con la playa de Centroña o con el Monasterio de Caaveiro?

Apagó su linterna, aunque se arriesgaba a tropezar. Aquella luz, era lo suficientemente nítida para guiarse hacia ella. Estaba cerca, solo unos metros más.

Allí, de pie, en el centro, iluminado por un haz invisible había una presencia vestida de negro, de espaldas. Paola, respiró hondo y sintió cómo las lágrimas volvían a inundarla. Cuando se dio la vuelta y vio aquellos ojos inyectados en sangre, el miedo la cubrió por dentro. No podía ser él, era imposible, ella misma lo había encerrado. De fondo escuchó una música conocida que le ablandó el corazón y la trasladó a aquellas horas en San Miguel de Breamo. En su mente solo escuchaba a la gente gritar...

¡Guardián, guardián!

Entonces vio cómo se acercaba a ella muy despacio, se quitaba el pasamontaña y le sonreía, mientras la cogía por los hombros.

—El bien y el mal Paola, solo tú puedes guiarnos. —No era capaz de hablar, de contestarle, las palabras se enredaban en su garganta—. Solo tú, Paola.

## II. LA RESACA

Despertó bañada en sudor y el corazón saliéndosele del pecho.

Era la tarde del tercer día que pasaba sin despegarse de las sábanas de su cama. El inspector jefe, Costoya, la vigilaba haciendo turnos con Modesto y Portela. La doctora Fraga, que había sustituido a Milo en el equipo médico, venía todos los días a verla, pero sabía que el problema estaba única y exclusivamente en su cabeza.

Rubio les preguntaba a todas horas por ella. Era la jefa, la punta de lanza, la necesitaban. Pero aquello había sido muy duro y retransmitido en directo para todo el país. La vio revolverse varias veces sobre sí misma, empezar a sudar, notó cómo quería hablar, pero no era capaz, estaba soñando, supuso. Duró casi dos minutos, le puso las manos en los hombros y la miró fijamente, intentando entrar en su cerebro. Levantó medio cuerpo y a punto estuvo de tirarlo de la cama.

—¡Paola, Paola! ¿Estás bien? —Ella, no era capaz de hablar, de expresarse, su cara reflejaba una tensión desmedida, como si hubiese estado en el infierno. Se acercó otra vez mínimamente y ella arqueó las cejas. Le indicó el vaso de agua que estaba en la mesilla. Bebió un sorbo largo

como si no hubiese bebido en siglos. Cuando terminó se lo devolvió y rompió aquel muro que no le dejaba hablar.

—Costoya, siempre te he respetado como un padre, y lo sabes. Dime, ¿cómo se sale de esto? —Al inspector jefe le pareció una de las preguntas más difíciles de contestar de las que le habían hecho en sus casi cincuenta y ocho años de vida. Suspiró.

—¿Cómo se sale de todo?, haciendo borrón y cuenta nueva. Tarde o temprano tendrás que volver a vivir, y cuanto antes lo hagas menos tiempo que habrás perdido. Pura lógica. —Lo miró durante un largo rato para acabar trasladando su mirada al gran ventanal que tenía a su derecha.

—¿Sabes? Nadie está preparado para algo así, para que tu vida se rompa en apenas segundos, pero supongo que esta sensación es la que tienen todas esas personas que pierden en un instante lo que quieren. En mi caso, es sentir que mi vida no ha sido, exactamente, mi vida y eso, me rompe por dentro.

—Podrá recomponerla, solo es cuestión de ir pegando los pedacitos. —Nuevamente lo miró.

—¿A qué te refieres exactamente, Costoya? —En cuanto lo dijo se arrepintió de ello, pero el mal ya estaba hecho.

—Me refiero a que no sabes, exactamente, lo que le pasó a tu padre. Igual es un buen momento para empezar. —La mirada de Paola se iluminó y en el fondo el inspector se sintió bien, esperaba que aquello no tuviera consecuencias funestas.

—Tienes toda la razón, llevo tres días perdidos entre pastillas, pesadillas y ese sol horrible que no para de brillar.

—Para que luego digan que en Galicia siempre llueve, ilusos. De todos modos, no te apures, primero sería buena idea que te levantas, te dieras una ducha, demos un paseo y mañana vamos a ver al jefe. ¿De acuerdo? —Sabía que todo aquello caería en saco roto, teniendo en cuenta el carácter de Paola.

—De acuerdo, me levanto, me ducho y nos vamos a la comisaría. Me duele el cuerpo de estar en la cama. Necesito acción y sobre todo información. —Lo miró diciéndole que no habría vuelta atrás. La comisaria Gómez, al tercer día, según las escrituras, había resucitado.

Como si de un huracán se tratase, Paola Gómez, comisaria de la brigada criminalística de la jefatura de A Coruña, entraba en aquella enorme y desangelada sala. Se paró de frente, con las piernas separadas y las manos en las caderas, y los miró. Estaba orgullosa de ellos. Eran su equipo y, aunque lo habían pasado muy mal, lo habían conseguido. Sonrió. Uno a uno, se fueron acercando a abrazarla. Rubio, espiaba desde su despacho, aquel que en realidad era de Paola. A pesar de su carácter serio, no pudo evitar esbozar un amago de sonrisa y alumbrársele una pequeña luz en el corazón, en el fondo, muy en el fondo, era humano.

Estaba radiante, parecía nueva, el pelo hondeando al viento y aquel traje de chaqueta y pantalón tan característico en ella, un auténtico torbellino humano. El primer abrazo fue para su querido Modesto. La comisaria lo miró fijamente.

—¿Y tú qué? Seguro que eres el mítico amigo que en las bodas se sube al campanario para tirarle arroz a los novios. —Todos se rieron—. No hizo falta, amigo, pero estabas allí por si acaso, gracias. —El siguiente era Portela—. ¿Cómo va esa mano? Ya me contó Costoya, lo del escape de Alcatraz y vuestra entrada triunfal, vaya par. —Los agarró del hombro a los dos. Las siguientes en abrazarla fueron, Ana y Alba.

—Menos mal que has vuelto, que estábamos en minoría y no veas lo que abusaban estos carcas.

—Me lo creo, sobre todo viniendo de nuestro, por lo que veo, nuevo becario. —Miró a Rafa con una sonrisa enorme en la cara y se abrazó a él. Se dio la vuelta en busca de Mi-



lo, al no verlo se extrañó, pero no le dio más importancia. Se volvió de nuevo y les habló a todos.

—Antes de ir a ver al carcamal que está detrás de mi puerta y que hace rato que nos mira, creyendo que no lo vemos, quería daros las gracias por vuestro apoyo, porque el curre que os metisteis para descubrir al Guardián fue bestial y aunque al final la cosa se complicara tanto, lo conseguimos, salvamos a esa gente. Y lo mejor de todo, nos ganamos la confianza de los de arriba para continuar aquí. Ahora sigamos trabajando, luego tengo algunas cositas ya para vosotros. Se dio la vuelta y vio cómo Rubio se sentaba de nuevo en su despacho. Con paso decidido se dirigió a él, no sin antes guiñarle el ojo a sus compañeros. A su equipo. A su familia.

—Me alegro de verla, Paola. —La miró a los ojos y ella pudo apreciar cierta emoción, aprovechó para sentarse—. La verdad es que no contaba con usted tan pronto, pero bienvenida sea, y antes de nada ¿cómo se encuentra?

—Me da un poco vueltas todo, pero después de pasarme tres días encerrada en casa, el milagro es que no me volviera loca.

—El caso, comisaria, es que hay novedades. Como puede ver, he incluido a Rafa como becario de la unidad y es que, he de decir, que su ayuda con el Guardián fue inestimable. Y en cuanto a Milo, esto se le hacía demasiado grande, ha decidido dejarnos y su lugar lo ocupará la doctora Fraga, sí, la misma que fue a atenderla a su casa. Es médico forense, psicóloga clínica con un largo historial sobre sus hombros. El resto del personal que trabajaba con Milo seguirá con ella. Y esa es la buena noticia, los de arriba creen que hemos hecho un buen trabajo, a pesar de la enorme repercusión mediática de este asunto. —Rubio, se levantó y comenzó a pasearse nervioso por la sala—. Durante estos tres días no han cesado las manifestaciones, de una u otra manera, de simpatía hacia el Guardián de las

flores, pero para nosotros eso es ya agua pasada, exceptuando a nivel personal para usted, por supuesto.

—¿A dónde lo han llevado?

—A la espera de juicio, está en Teixeira y allí esperamos que continúe.

—¿Puedo verlo?

—A su debido tiempo, comisaria, pero sí, claro, eso entra ya en terreno personal, no le puedo poner impedimento alguno.

—Quiero saber dónde está mi padre. Necesitaré hablar con él, con Franganillo, con Morales...

—Como sabrá, tanto los párrocos como Franganillo y Morales no serán condenados, en ningún caso, pues su delito ha prescrito. Así es que sí, claro que puede hablar con él. Pero dejémonos de pasado y centrémonos en el presente, necesito un informe del proceso del Guardián de las flores, minucioso, para entregar a los de arriba, que no se le quede una coma y lo necesito ya. A partir de mañana empezamos a ponernos con esos expedientes si es que no hay nada más urgente.

—De acuerdo, jefe, así se hará.

—Comisaria, buen trabajo, con toda la carga emocional que debió usted sentir allí dentro, solo puedo celebrar la entereza demostrada. Supongo que lo sabe, pero se ha ganado la admiración de muchos. ¡Enhorabuena! —Paola ya se iba cuando el jefe Rubio, se dio cuenta que le faltaba algo— ah, y, por cierto, he decidido quedarme con el despacho y dejarle a usted el de aquí detrás, supongo que no le importará, teniendo en cuenta el ínfimo uso que hace usted de él.

—Descuide, jefe, yo soy más de tirarme por cualquier sitio, pero gracias. —Paola, salió con el pecho lleno y una floreciente sonrisa. Volvió a darle la enhorabuena a Rafa y a desearle suerte en esta su nueva casa. Vio cómo Modesto los miraba desde su puesto, no sabría decir si celoso o solo curioso.

–Bueno, chicos, creo que por mi estado anímico no hemos celebrado la victoria en nuestro primer caso, así es que creo que es el momento, suelten todo y que tiemble el Santiaguíño que allá vamos. –Una algarabía generalizada hizo que Rubio se levantara de su asiento, mirase por la ventana y viese cómo toda la plantilla del equipo más caro de la policía coruñesa salía en horas laborables no sabía muy bien a dónde. Le dio a la cabeza, pero si ese era el precio que tenía que pagar por contar, en sus filas, con alguien como Paola, era *peccata minuta*. Sonrió. Y en soledad, volvió al trabajo.

### III. EL DESEO

Era como una liberación, a pesar de todo, a pesar de lo que, personalmente, había supuesto para ella, era innegable que habían conseguido el objetivo. Y como plus, Rafa, se había unido al equipo. A pesar de aquel aire melancólico que la perseguía, no podía dejar de estar contenta.

—¿Y ahora qué? —Esa era la pregunta clave y Costoya, siempre sabía poner los puntos sobre las íes, para eso era un todo terreno. Paola, le contestó pensando cada palabra, como si cada una tuviera significado único por sí misma.

—Ahora, mi querido amigo, lo primero, dejaremos que todo se asiente, después buscaré a mi padre, necesito saber si está vivo o muerto, y para eso necesito hablar con Michel y sobre todo con algunos de esos curas... —Modesto, la interrumpió.

—Por poco tiempo, comisaria, serán retirados, lo ha confirmado esta misma mañana el nuevo arzobispo porque, efectivamente, el viejo también ha sido cesado de su puesto.

—Pues tendré que hablar con ellos y Franganillo, o volver a visitar a Morales, pero bueno chicos, esto es algo más personal, no os puedo meter en eso.

–No, si nosotros no queremos. –Era Alba la que hablaba –. Y por mi parte la base de datos es toda suya, comisaria. Seguiré buscando lo que encuentre de Francisco Herrero, no lo dude. –Costoya intervino.

–Y el resto lo mismo, así que mientras podamos te echaremos una mano, esto no quiere decir que dejemos de lado nuestras obligaciones, pero somos una familia y todas las familias se ayudan, así es que como ya te veo venir, no te emociones. –Paola estaba al borde de las lágrimas.

–Gracias, chicos, si es que sois un amor, no sé qué haría sin vosotros.

–Tendría a otros, comisaria, pero no serían tan simpáticos ni mucho menos llegarían al lugar del crimen en un John Deere último modelo –todos se rieron y celebraron aquella oficiosa alianza.

Camino a casa Costoya le echó el brazo, la miró y empezó a hablarle.

–Sabes que te aprecio mucho, Paola, nunca te lo dije, pero me recuerdas mucho a mi hija. –Paola, lo miró dudando si alguna vez le había dicho algo de que tenía una hija o, aquello, era una especie de confesión.

–Nunca me lo había dicho, inspector.

–¿El qué, que tengo una hija o qué usted se parece?

–Ninguna de las dos cosas. –Sonrieron mirándose.

–Estamos de descubrimientos y, teniendo en cuenta que los tuyos son de dominio público, que yo te cuente el mío no sé si te servirá de alivio, pero no me gusta tener secretos con quien no los tiene para mí. Y no, lo mío no fue un aquí te pillo aquí te mato, ni siquiera un amor pasajero, lo mío fue un amor de verdad y una hija preciosa pero ese amigo, ese que nunca me deja de acompañar vaya a donde vaya, el alcohol, me hizo perderlo todo. –Paola, tenía el corazón helado.

–Lo siento mucho, Costoya, ¿y esto fue antes o después de conocernos en Pamplona?

–Muy poco antes, la verdad, el cambio a Pamplona lo pedí, precisamente, para alejarme un tiempo de Madrid y funcionó.

–Siento haber sido tan dura contigo con el tema del alcohol, no sabía que te había hecho tanto daño. –Agachó la cabeza avergonzada.

–No tenías por qué saberlo, en realidad no lo sabe, prácticamente, nadie. Allá por dónde voy no dejo amigos, solo viejos recuerdos. –De repente señaló su cazadora, más que *vintage*, que acompañaba a Costoya invierno y verano desde que Paola lo conocía—. ¿Ves esto? Me lo regaló mi hija en mi último cumpleaños en familia.

–¡Dios!, por eso nunca te la quitas... –Él la miró con pena, con los ojos vidriosos y ella se echó en su hombro, lo apretó con fuerza.

–No sé si puedes o no puedes volver a ver a tu hija Costoya, pero ten por seguro que aquí tienes una para toda la vida.

–Y que el destino, mi querida comisaria, nos tenga unidos por muchos años. –De repente notaron la presencia de otra persona conocida.

–¿Pero esto qué es? *Patris et filii et spiritus sancti*. –Se echaron los tres a reír.

–¿No creerás, Modesto, que tienes tú algo de espíritu santo? Más bien, como te dije alguna vez, de vende humos o si cabe, de matón barato de discoteca.

–Señor Costoya, ya me está faltando usted con lo de barato, en todo caso de alto *standing*, no ve usted mis medidas corporales y mi labia estratosférica. Cómo cree que conseguimos ese tractor.

–No lo sé, Modesto, pero estoy deseando que me contéis los dos esa historia porque eso tuvo que ser de traca.

–Pues usted verá, gracias a las artes de Portela conseguimos desatarnos y...

Así llegaron a aquella casa comunal en la que llevaban diez días, aunque pareciese una vida entera. Paola, se dio

cuenta de que aún tenía que hacer aquel informe sobre la aventura del Guardián de las flores y, a partir de ahí, sería el primer día de su nueva vida, ya no tenía un departamento pendiendo de un hilo, sino un equipo de trabajo unido y que se iba a enfrentar a muchos malotes repartidos por el mundo. Sonrió, la vida, por esta vez, le sonreía a ella también.